

¿FEMINISMO(S) O FEMINIZACIÓN?
ENTRE EL TRIUNFALISMO AUTÓNOMO
Y LA VICTIMIZACIÓN

Erica Burman

Traducción: Jorge Cano Cuenca

Vivimos, o al menos eso se nos dice a menudo, en una era post-feminista. Las mujeres jóvenes no muestran gran interés por un feminismo que, a su juicio, habla de luchas que ya han concluido con éxito y que cayeron en el olvido hace años. Tanto en las regiones ricas del planeta como en las pobres, las mujeres han terminado por incorporarse a los aparatos de la economía estatal y transnacional, y cada vez se valora más la imagen típica de la «mujer» con sus supuestas cualidades específicas. Asistimos a un proyecto de desradicalización: la cooptación del discurso feminista por parte del capital. En los llamados países en vías de desarrollo se ha reclutado a las mujeres en nombre de la emancipación para que colaboren en el proyecto nacionalista y pongan su capacidad de gestión de las economías domésticas al servicio del Estado. En cambio, en los países superdesarrollados se ha ofrecido a las mujeres la posibilidad de participar en las prácticas del poder y la explotación. La flexibilidad *cyborg* se adapta mejor a la economía política contemporánea que el esencialismo femenino (lo que confirma el carácter «irónico» del manifiesto de Haraway de 1985).

O, mejor dicho, la capacidad de hibridación y el esencialismo se entreveran en el nuevo paradigma de la feminización.

En lo que sigue, pretendo explorar la problemática de la feminización aceptando como premisa que se trata de un rasgo importante del neoliberalismo en auge que puede servir como termómetro de los cambios que se están produciendo en las estructuras de la subjetividad dominantes. Entiendo por «feminización» un proceso contemporáneo en virtud del cual ciertas condiciones y características tradicionalmente vinculadas con las mujeres se están asociando a los hombres, que incluso llegan a reivindicarlas como propias. El término, que surgió originariamente en los debates sobre la feminización de la pobreza, se ha generalizado en el contexto de las transformaciones en la organización del trabajo que han generado las economías basadas en el conocimiento que precisamente privilegian las «habilidades personales». Así pues, ¿quién está feminizado?, ¿es la feminización una condición que se experimenta subjetivamente o un proceso económico? Aunque el estatus de la feminización –reivindicada o atribuida– permanece indefinido¹ (o quizás precisamente a causa de ello), prolifera su circulación. Mi razonamiento se basa en la forma en que la feminización evoca el feminismo sin confundirse con él; de hecho, parece que tiene tanto que ver con los hombres como con las mujeres. Además, esta «generización» tienen consecuencias en otros campos, en concreto, por lo que respecta a formas encubiertas de racialización que encuentran

1 E. Burman, «Taking women's voices: the psychological politics of feminisation», *Psychology of Women Section Review*, 1.6 (2004), pp. 3-21.

apoyo y base teórica en la noción de un género móvil y transcorporizado.

En el contexto postindustrial, la masculinidad occidental convencional se ha visto privada de su musculatura viril. Con el incesante crecimiento del sector servicios, la capacidad de manipulación emocional ha pasado a ocupar un lugar destacado. El triunfalismo autonomista característico del proyecto de desarrollo moderno, cuyo epítome es la tosca resistencia del llanero solitario, ha quedado superado e incluso resulta ya ligeramente exótico. En la era de la multiagencia, la multitarea y la multinacionalidad, las habilidades relacionales y la sensibilidad al contexto, las (por así decirlo) cualidades femeninas o feminizadas han adquirido una gran preeminencia económica. De hecho, se ha domesticado a los jóvenes blancos airados —cuyo desafío generacional pudo en algún momento amenazar con desestabilizar el orden establecido— con discursos que inciden en su vulnerabilidad y su incapacidad: su rabia se ha reelaborado en términos de una carencia de inteligencia emocional que requiere dirección, orientación y apoyo psicológico. El reverso de esta situación es, por supuesto, la superpoblación de jóvenes negros airados y hombres de etnias minoritarias en las cárceles de los países occidentales, donde el resentimiento que causa la marginación y la privación de capacidad política flota como una burbuja que estalla en incendios provocados (como en los disturbios de París en el verano de 2006) y, en ocasiones, en atentados (como en Londres en 2006).

Si los hombres son en estos momentos el sexo débil, ¿significa eso que las mujeres son más poderosas? Los análisis

convencionales acerca de la relación actual entre los sexos apuntan a una situación de suma cero. Pero el hecho de que el capitalismo avanzado –o el neoliberalismo– haya encontrado nuevas estrategias para aprovecharse de esta clase de discursos de género no significa que las mujeres se hayan convertido en sus beneficiarias. Más bien, lo que ocurre es que la fragilidad que antes se identificaba con las mujeres se ha convertido en una característica general de la subjetividad –a través de la precarización laboral y la emocionalización de la vida pública–, de modo que todo el mundo ha asumido su estatus de víctima. Por tanto, los problemas de género, lejos de unir a unos y a otros en el seno (si no a través) de su bipolaridad, están promoviendo una individualización que cortocircuita la capacidad de movilización y crítica profunda que alentaba el feminismo. ¿Cómo se ha llegado a este punto? ¿Adónde nos conduce esta situación?

CONTRA EL PARADIGMA DEL NIÑO

La mirada inocente e ingenua del otro que nos fascina y genera nostalgia es, en última instancia, siempre la mirada del niño².

Planteemos, en primer lugar, algunas consideraciones sobre el paradigma del niño, el lugar tradicional de identi-

2 S. Žižek, *Looking Awry: An Introduction to Jacques Lacan Through Popular Culture*, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1991 (ed. esp. S. Žižek, *Mirando al sesgo*, Madrid, Paidós, 2000).

ficación en la modernidad³. La idealización romántica de la infancia como idílico estado original arruinado por los estragos de la vida moderna ha experimentado una transformación muy reveladora de su índole condicional. La inocencia ocupa un lugar destacado entre los rasgos del estatus de víctima aceptable propio del paradigma del abuso, de modo que el conocimiento –y en particular el conocimiento sexual– invalida su condición⁴. Mientras que ese «conocimiento» transporta a las chicas a una categoría de mujer heterosexual y emplazada de una manera muy segura en su género, las transgresiones que llevan a cabo los chicos respecto al comportamiento infantil (como la violencia y el asesinato) garantizan su expulsión, no sólo de la categoría de infancia, sino incluso de la de humanidad. Un buen ejemplo es el modo en que se asignó estatus de monstruos a los dos chicos que hace algunos años mataron a un niño de tres años en Gran Bretaña. La respuesta pública que desencadenó aquel suceso parece el signo de una dramática transformación en los discursos mediáticos sobre los niños y la infancia. Bob Franklin, un analista de la legislación sobre los derechos de la infancia, ha subrayado cómo los niños y la infancia han dejado de provocar sentimientos de protección para convertirse en una amenaza⁵.

3 C. Steedman, *Strange Dislocations: Childhood and The Idea of Human Inequality 1789-1939*, Londres, Virago, 1995.

4 J. Kitzinger, «Defending Innocence: Ideologies of Childhood», *Feminist Review*, 28 (1988), pp. 77-87.

5 B. Franklin, «Children's Rights and Media Wrong: Changing Representations of Children and the Developing Rights Agenda», en B. Franklin

Al mismo tiempo que se ha dejado de garantizar la protección de la infancia real, sus características parecen haberse extendido a otros sectores: algunos comentaristas sugieren que, en esta época de inestabilidad e incertidumbre social y política sin precedentes, el motivo del niño sirve también para caracterizar a los adultos. Es como si hubiéramos exteriorizado nuestro «niño interior» y nuestras inseguridades y vulnerabilidades quedaran a la vista de todos. El «régimen internacional de derechos de la infancia»⁶ demanda títulos jurídicos para, y responsabilidades hacia, los niños, pero su puesta en práctica necesita la participación de profesionales que los identifiquen y regulen. Estos expertos –con los psicólogos a la cabeza, por supuesto– menoscaban o desplazan la autoridad paterna para otorgar un papel preponderante al Estado y a la legalidad internacional. En este sentido, esa clase de expertos y la autoridad que ejercen son profundamente intolerantes.

El nuevo humanitarismo que se percibe en la celebración mundial de los derechos de la infancia exige un análisis crítico. No sólo resulta sospechosa su desestimación de los contextos culturales, sino también el modo en que presenta con nuevos ropajes el paternalismo de un régimen neocolonial capaz de criticar e infantilizar a los padres y, una vez que queda de manifiesto su incapacidad, suplantar su autoridad. El

(ed.), *The New Handbook of Children's Rights*, Manchester, Manchester University Press, 2002.

6 V. Pupavac, «Misanthropy Without Borders: the International Child Rights Regime», *Disasters*, 25 (2001), pp. 95-112.

inobjetable lema «salvad a los niños» amenaza siempre con convertirse en una nueva forma de racismo. Como ha señalado Pupavac: «La condena moral del Sur por su despreocupación respecto a los niños ha generado en Occidente una idea de misión de la que carecía desde el final de la Guerra Fría»⁷.

Más allá de esto, la preocupación actual por los derechos de la infancia contribuye a un modelo de subjetividad política irracional, poco digno de confianza y que, por eso mismo, necesita una atenta regulación. Este modelo encaja perfectamente con las necesidades de los gobiernos contemporáneos. «La situación de un niño con hambre no entiende de política»⁸ es un conocido lema de Oxfam que muestra con claridad cómo al apelar a la infancia se difuminan cuestiones relacionadas con las necesidades humanas y la actuación política. La infantilización de los modelos de subjetividad política que se oculta en las exhortaciones a jugar, a ser espontáneos y emocionales, es motivo suficiente para estar alerta⁹.

El efecto de la generalización del paradigma de la infancia se percibe también en la proliferación del discurso del *bullying* (intimidación). El *bullying* ha adquirido proporciones endémicas y epidémicas, no sólo en las escuelas sino también en instituciones propias de los adultos, como los centros de trabajo. Resulta significativo que en estos dos ámbitos

7 V. Pupavac, *ib.*, p. 102.

8 M. Black, *A Cause for Our Time: Oxfam – the first 50 years*, Oxford, Oxfam, 1992.

9 V. Pupavac, «The Demoralised Subject of Global Civil Society», en G. Baker y D. Chandler (eds.), *Global Civil Society: Contested Futures*, Londres, Routledge, 2005, pp. 52-68.

el discurso del *bullying* cortocircuite otros discursos más abiertamente politizados –relacionados, por ejemplo, con el hostigamiento racista o sexista– en beneficio de un modelo abstracto centrado en la víctima que subraya la situación de angustia y daño.

LA CRISIS DEL DEBER DE ASISTENCIA

Hoy en día, hasta la autoridad paternal del Estado parece estar en jaque, en la medida en que se ha visto comprometido su «deber de asistencia». La asistencia se ha convertido en un negocio público, organizado y mediado por sectores no-gubernamentales y la industria del entretenimiento. El llamamiento feminista a extender la «ética de la asistencia», tradicionalmente femenina, desde la esfera privada a la pública¹⁰, no contempló la posibilidad de que las manifestaciones públicas de asistencia terminaran por convertirse en programas televisivos benéficos y eventos esponsorizados por famosos. Pero si la acción política funciona actualmente mediante el pago y el consumo, ¿qué ocurre cuando no funcionan las instituciones que supuestamente deberían asistirnos y protegernos?

Desde noviembre de 2004, se ha venido acusando a los soldados británicos de abusos y torturas a prisioneros iraquíes. En cambio, las noticias previas sobre las torturas esta-

¹⁰ P. Bowden, *Caring: Gender-Sensitive Ethics*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997.

dounidenses se centraban en un escándalo aún mayor: el hecho de que las mujeres soldado se dedicaran a torturar prisioneros con la misma diligencia que sus colegas varones¹¹. Resulta significativo que en el caso británico la «prueba» de los abusos se conociera de modo más bien arbitrario, cuando un soldado de infantería llevó a revelar una película fotográfica en su pueblo¹².

Las distintas respuestas y reflexiones que han generado estos acontecimientos ponen de manifiesto cómo la cultura del abuso es tanto una condición de posibilidad de cualquier ejército nacional (de hecho, su rasgo distintivo es la autorización para matar) como un aspecto explícito de su funcionamiento (por ejemplo, la estrategia de drogar a los soldados de modo que no sepan o no les importe lo que están haciendo, o el uso de música u otras tácticas psicológicas más evidentes para distanciarlos de sus actos).

Hasta podríamos preguntarnos de manera perversa lo que sigue: ¿no es sorprendente que tales estrategias sigan siendo necesarias en una época en la que la extrema mediación tecnológica de la guerra hace que parezca irreal? Quizá la fragilidad de las relaciones sociales intensifica un deseo de compromiso que se manifiesta a través de estos medios brutales, violentos y aniquiladores. En este sentido, Jacqueline Rose

¹¹ Muchos de estos prisioneros ni siquiera pertenecían al ejército, sino que eran civiles apresados por robar la ayuda humanitaria: un delito grave en una zona de guerra.

¹² Dando pábulo así a los partidarios de un mayor control de nuestras filmaciones domésticas.

analiza el «abrazo mortal»¹³ de los terroristas suicidas como un acto final que impone un vínculo imposible de soportar.

El carácter específicamente sexual de la tortura proporciona abundante material para la reflexión. De igual modo, la investigación de los suicidios de unos cuantos reclutas en los campamentos de entrenamiento británicos ha sacado recientemente a la luz prácticas de violencia organizada, humillación ritual y abuso sexual¹⁴. En tales casos, el racismo parece haber desempeñado un papel fundamental, mientras que las mujeres reclutas declararon haber sido objeto de formas de humillación específicamente sexual. El debate público sobre estos acontecimientos se centró en la incapacidad del Ministerio de Defensa británico para cumplir con su «deber de asistencia» y proteger adecuadamente a estos reclutas.

La segunda acusación a las tropas británicas de torturar a prisioneros iraquíes (a comienzos de 2006) se produjo tras la filtración del célebre vídeo (a finales de noviembre de 2005) de los «juegos» sexuales con golpes y luchas a cuerpo desnudo (llamadas *babooning* y *hazing*) en las que los reclutas de la Royal Marine estaban obligados a participar a modo de iniciación. El rechazo a participar en estos juegos –dirigidos por los únicos hombres vestidos (uno de cirujano y otro con un uniforme de colegiala)– provocó que un recluta fuera golpeado hasta quedar inconsciente. El comu-

13 J. Rose, «Deadly Embrace», *London Review of Books* (4 de noviembre de 2004).

14 Entre 1995 y 2002 murieron cuatro reclutas en el campo de entrenamiento de Deepcut; en Catterick se han producido veintitrés muertes desde 1994 (*The Guardian*, 28 de noviembre de 2005).

nizado oficial del Ministerio de Defensa calificaba el hecho como «una pequeña diversión que se fue de las manos», y los periódicos difundieron que a lo largo de los últimos cinco años el Ejército había pagado cerca de un millón de libras a diferentes reclutas en compensación por intimidaciones y abusos rituales. Esto plantea otra clase de pregunta: ¿acaso la presentación conjunta de las historias de los abusos a los reclutas y los abusos de los oficiales en Irak apunta a una historia de desarrollo truncado que ofrece alguna clase de atenuación e incluso redención?

La asistencia, el control y el abuso, por tanto, parecen haber entrado en una espiral implosiva en la que la pleamar de emocionalismo y sensacionalismo ha anegado el análisis político, mientras la víctima de abusos cada vez obtiene mayores dividendos políticos en una época en que la responsabilidad ha quedado reducida al compromiso legal. En su análisis de la aparición y desarrollo de la policía y el reconocimiento del Estado como «comunidad», Foucault señaló cómo «el cuidado de la vida individual se convierte en un deber para el Estado»¹⁵. Cuando llama la atención sobre la coincidencia entre el surgimiento de una política de asistencia social y la aparición de acciones estatales aún más destructivas y brutales comenta: «Se podría simbolizar esa coincidencia mediante un eslogan: ve, haz que te exterminen y te prometemos una vida larga y agradable. El seguro de vida está

15 M. Foucault, «The Political Technology of Individuals» en *Technologies of the Self*, Mass., University of Massachusetts Press, 1988, p. 147 (trad. esp. *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós, 1990).

ligado con un decreto de muerte»¹⁶. En el caso del ejército británico, su eslogan de 1970 («Únete a los profesionales») destaca como una de las primeras proclamas del discurso pedagógico neoliberal –caracterizado por la formación individualizada y especializada y el aprendizaje continuo– que ahora domina la política gubernamental mediante lo que se ha dado en llamar Desarrollo Profesional Continuo. Su campaña publicitaria de 2006 –destinada a la infantería– no sólo prometía aprendizaje de oficios, aventuras y experiencia, sino que hacía énfasis en la camaradería y el trabajo en equipo: *Fun, friday nights and friendship*¹⁷ («Diversión, noches de viernes y amistad»). ¿Qué podemos aprender del hecho de que este llamamiento al aprendizaje, el entrenamiento y el desarrollo –y ahora al disfrute y la interacción¹⁸– oculte una exhortación tácita a morir?

GÉNERO Y GUERRA

En este terreno el género funciona como un mecanismo tanto de distracción como de atracción. Del mismo modo que la infancia se ha expandido desde el ámbito de los niños al resto de personas, las mujeres han dejado de estar sujetas al estatus

¹⁶ Ib.

¹⁷ ¿Tal vez había otra «f» de «follar» (*fuck*) implícita?

¹⁸ Analizo la cuestión de las nuevas relaciones de género y de las posiciones que se fomentan en los nuevos discursos sobre la guerra –que disfrazan la guerra como un trabajo y plantean una división heterosexual del trabajo más igualitaria– en E. Burman, «Taking Women's Voices», *loc. cit.*

tradicional y de segunda clase del «mujeres y niños»¹⁹. La feminización ha quedado desvinculada de la infantilización para engrosar las filas de la estrategia neoliberal. Así lo demuestran los discursos acerca de las mujeres y la guerra.

En primer lugar, la tradicional liminalidad y marginación de las mujeres respecto al poder se ha convertido en una ventaja militar. *Her language is lethal* («Su lenguaje es letal») es un eslogan publicitario del Ejército británico que reitera a la vez que rechaza las diferencias de género. En primer lugar, si se dirigiera al espectador en segunda persona (tú) presentaría un referente de identificación móvil que, en la medida en que en inglés no posee marcas específicas de género, podría referirse tanto a un hombre como a una mujer. En paralelo con la imagen general de la mujer, este anuncio desafía la ética del sujeto heroico masculino en un contexto de responsabilidad pública, incluso de seguridad nacional, y forma parte de un discurso relacionado con la inclusión social de las mujeres. La diferencia de género se rearticula para señalar una reparación de la anterior subordinación social femenina mediante el acceso a posiciones de autoridad pública. Ahora ella literalmente personifica la «inteligencia», en lugar de servir a otros hombres.

Pero hay una segunda normalización de la diferencia de género. La competencia lingüística está convencionalmente sexuada. Aunque de una manera tenue, este énfasis actúa en contra del primer conjunto de movimientos discursivos que

19 C. Sylvester, «Homeless in International Relations? Women's Place in the Canonical Tests and Feminist Re-imaginings», en A. Phillips (ed.), *Feminism & Politics*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

favorecían la neutralidad de género y restablece un discurso de especificidad genérica. (Por supuesto, aparece también una pequeña compensación: se incluye una imagen más pequeña de un hombre con unos auriculares: presumiblemente para tranquilizar a cualquier hombre que se sienta amenazado y confirmarle que «él también puede hacerlo».) La invitación a «ser el mejor» contiene una promesa de igualdad y reconocimiento. La meritocracia liberal se funde con la diferencia de género.

Por tanto, el antiguo discurso publicitario del ejército británico («Únete a los profesionales») se complementa ahora con un discurso de especialización. (Cabe señalar que la página web no era la habitual del ejército, sino una dirección específica: www.armylinguist.co.uk.) La especialización que exigen el desarrollo bélico y la tecnología de la inteligencia se puede alcanzar mediante la tecnología de la diferenciación más antigua del mundo: el género. Las mujeres se pueden unir al negocio profesional de la guerra empleando sus habilidades lingüísticas tradicionales. «Su lenguaje es letal», y es como su arma de guerra. Pero, por supuesto, no es ella la que es «letal», ni siquiera «su lenguaje», sino el lenguaje que ella intercepta (aquí mediante un interesante despliegue de sobrenfatización, indicado por el «árabe» a través de la escritura árabe para «árabe»). A diferencia del sexismo de la vieja escuela, que subrayaba la poca fiabilidad de las mujeres, el peligro no radica en el lenguaje que ella *habla*, sino en el que *es capaz de entender*. La posición tradicionalmente fronteriza de las mujeres en relación con el lenguaje –no están enteramente

contenidas en el lenguaje, sino que se mueven a través de él—puede aprovecharse para entrar en relación con una alteridad otra que adopta la forma de peligrosos hablantes de árabe. De este modo, la alteridad femenina se convierte en un recurso esencial para una inteligencia militar nueva y androgina.

Mi segundo ejemplo acerca del género y la guerra consiste en una serie de textos que se desplegaron por el metro de Londres (en dos campañas publicitarias distintas) en octubre de 2003 y enero de 2004, cuando se estaba preparando la invasión de Irak. Aquí el anunciante era la compañía BAE (British Aerospace Engineering), que se dedica a la fabricación de tecnología militar: submarinos, aviones, carros de combate, armamento... Eso es lo que significa el titular que encabeza el anuncio: «Contribuyendo a un mundo mejor». La empresa, que está participada por capital estatal británico, ha protagonizado un amplio abanico de escándalos financieros relacionados con la mala gestión, y que abarcan desde la crasa incompetencia al blanqueo de capitales pasando por las relaciones turbias con gobiernos de dudosa reputación. El anuncio mostraba el rostro de una mujer en la penumbra, con unos auriculares puestos y los labios pintados de rojo brillante que hacían juego con el logotipo de la BAE. Junto a la imagen se leía el siguiente texto:

¿QUIÉN SUMINISTRA COMPAÑÍA FEMENINA A LOS PILOTOS DE COMBATE?

«OBJETIVO A TIRO», «SE APROXIMA MISIL»,
«ASCENSIÓN, ASCENSIÓN». PROBLEMA. PROBLEMA.

PROBLEMA. PROBLEMA. LOS AURICULARES QUE EL PILOTO LLEVA EN SU CASCO LE DAN AVISOS Y LE INFORMAN MEDIANTE UNA VOZ FEMENINA RESUELTA PERO CALMADA. LOS PILOTOS LA LLAMAN «NORA LA QUEJICA». ES SÓLO UNA DE LAS INNOVADORAS IDEAS DE BAE SYSTEMS QUE AYUDAN A QUE EL MUNDO SEA UN LUGAR MÁS SEGURO.

La «compañía femenina» a la que hace referencia el texto no es ninguna mujer, sino un dispositivo de dirección mediante voz. Es parte del software interactivo que utilizan los *Eurofighter*, una nueva flota de aviones de combate europeos cuyo desarrollo ha experimentado grandes problemas y retrasos. Quiero llamar la atención sobre el discurso que opera en este anuncio y en el que está presente el tema del género a través de su asociación con la feminidad tradicional: *la guerra como trabajo (sexual)*.

Aquí nos encontramos con una domesticación de la guerra a través de su feminización. Esta iconografía convencional contrasta significativamente con la lingüista militar de cara lavada de la que hablábamos antes: esa mujer que ha superado o trascendido y utilizado de manera selectiva los atavíos de la feminidad (en términos de habilidad lingüística) para adentrarse en el mundo masculino. En cambio, las imágenes de mujeres, especialmente las imágenes de mujeres con los labios pintados –esto es, de la feminidad–, tienen connotaciones relativas al ámbito de lo doméstico, o al menos de lo personal. De este modo se consigue transformar el campo de batalla neocolonial

(una invasión) en un conflicto entre sexos (describiendo a las mujeres y las novias como «quejicas»), una movilización del discurso sexista tradicional que, además, sirve para trivializar en gran medida su sentido. Es particularmente importante en este caso el discurso pseudofeminista o profeminista que muestra a las mujeres como compañeras en igualdad de condiciones, copartícipes en la toma de decisiones o coprotagonistas en esta aventura (comercial) conjunta. De hecho, «ella» se encarga de la «dirección» al tiempo que proporciona un estímulo heterosexual. Es significativo que el anuncio recurra a los discursos de sexualización obvios y convencionales (labios pintados, cara suavemente difuminada y «compañía femenina»), con connotaciones cercanas al mundo de las señoritas de compañía y la prostitución. Esto apunta a un espacio de roles y diferencias de género con connotaciones tradicionales sobre lo privado y lo personal que permite realizar una maniobra de distracción en la que se sustituye una invasión militar por algo mucho más familiar (en ambos sentidos, más acogedor y más tradicional). Así, se desplaza y se naturaliza la guerra simultáneamente por medio del neoliberalismo.

Por lo general, los llamamientos al empoderamiento de las mujeres forman parte de programas de transformación nacionales e internacionales, ya sea económicos o culturales. Claramente, los discursos de la feminidad y la feminización han experimentado variaciones. Así, por ejemplo, se ha pasado de la imagen de la mujer como madre y cuidadora a la mujer como trabajadora económicamente activa. Por otro lado, los viejos motivos imperialistas se reproducen en los

proyectos de emancipación de las mujeres y la idea contras-tante de que «nuestras mujeres son libres». Merece la pena recapitular los puntos centrales de este texto, que ejemplifica cómo los discursos en favor de la neutralidad de género o incluso de la afirmación de género no guardan necesaria-mente relación con las mujeres contemporáneas de carne y hueso. «Nora la Quejica» es un «dispositivo de dirección mediante voz»: un ordenador, no una mujer. Este tipo de uso de la feminización pone de manifiesto cómo la «generiza-ción» del mundo de los negocios, la dirección de empresas, las habilidades sociales, la alfabetización emocional, el pluri-lingüismo o incluso la igualdad de oportunidades a la hora de lanzar un torpedo o servir el rancho no tiene nada que ver con el feminismo. El hecho de que se aborde la cuestión del gé-ne-ro en estos términos saca a luz el papel que desempeña en los discursos dominantes acerca de la transformación económica y cultural, *precisamente porque* es duradero a la vez que cam-biante; siempre culturalmente disponible y siempre sujeto a transformación y manipulación por parte tanto de los psico-expertos como de la industria militar.

LA FEMINIZACIÓN COMO ANALÍTICA CRÍTICA

La idea de que todo el mundo es una víctima tras el 11-S se ha convertido en un lugar común; todos estamos inermes, lo que, por supuesto, significa que no hay opresores. Las conse-ncias políticas de esta tesis son evidentes: incluso los sol-

dados y los torturadores se convierten en víctimas, mientras que las mujeres emergen como aparentes nuevas beneficiarias del nuevo orden económico.

Estas descripciones resultan muy engañosas, pero una feminización de este tipo plantea algunos puntos clave de la práctica neoliberal que merecen un análisis detenido. Por mucho que en este material se perciba un alejamiento de una situación de predominio de las categorías de género (y un avance hacia distintas formas de inclusión liberal), es importante señalar que las categorías de género se están *reinscribiendo realmente incluso si trascienden* los propios cuerpos humanos.

Por tanto, se tome el camino que se tome, la preeminencia que se otorga al género es motivo de confusión, dado que esos textos y sus mensajes no tienen demasiado que ver con el género, sino con la apropiación del género para el ejercicio del poder. Deberíamos ser capaces de analizar la función de estas maniobras de distracción sin dejarnos deslumbrar por sus fuegos de artificio; se trata de una parte esencial del proyecto de superación de las iconografías de la subjetividad que se organizan alrededor de las categorías de victimización (clásicamente representadas por las mujeres y los niños, pero que ahora se están ampliando a otros sectores). No podemos rechazar de plano las nuevas formas de subjetividad que están surgiendo a partir de modelos sociales sujetos a un proceso creciente de fragmentación e individualización, pero tampoco deberíamos asumirlos acríticamente, como sucede en los discursos que promueven el papel de las mujeres como bene-

ficiarias o víctimas de la feminización. El análisis de estas formas de género y relaciones generacionales aporta metodologías útiles para cuestionar las técnicas neoliberales de empoderamiento o desempoderamiento y subraya la importancia de la crítica feminista como recurso crucial frente al imperialismo y el capitalismo.